

**¿Para qué realidad forman nuestros Institutos?**

**¿A qué realidad y a que dimensión de lo humano accedemos con el psicoanálisis?**

Hay muchas respuestas posibles. En lo que sigue plantearé mi perspectiva desde mi responsabilidad de dirigir una institución encargada de transmitir el psicoanálisis.

El psicoanálisis, desde mi mirada no abarca la totalidad de lo humano. Sugiero que no hay un pensamiento total sobre lo humano ni un acceso directo a “la realidad”. El psicoanálisis sólo abre una ventana. ¿Qué “realidad” y que dimensión de lo humano es la que se hace visible en esa ventana?

Si bien podemos afirmar, con alguna resonancia de “La caverna” de Platón, que el conocimiento de lo real es siempre indirecto, que tenemos noticia del mundo desde una luz que proyecta alguna sombra que jamás es inmediata y plena, sólo accedemos a sombras. Aunque reflexivamente avalamos que lo real no es jamás “lo que podría creerse”, sino lo que “debiera haberse pensado”, tenemos que conceder que se conoce superando aquello que, con el espíritu mismo, obstaculiza a la espiritualización. Del mundo sólo tenemos representaciones del mundo, en el mejor de los casos, podemos adquirir un “mapa” de un territorio y no el “territorio mismo”, de idéntico “territorio” se pueden “levantar” distintos “mapas”. La discriminación entre mapa y territorio esta siempre expuesta a perderse, nos vemos tentados a creer, por disposición de nuestro modo de pensar, que a lo que accedemos no es a un mapa, sino al territorio mismo, al absoluto, al cielo.

La neurosis, tal como lo entiende el psicoanálisis, es una clara solución a este dilema, y la pregunta que puso el psicoanálisis en el centro de la cuestión respecto del sufrimiento neurótico, fue solidaria con este punto de vista, fue interrogar al sujeto y no proponerle un camino que le devuelva el cielo. Recordemos que cuando nuestra emblemática Dora le cuenta a Freud sus desventuras: el asedio amoroso del señor K en complicidad con su padre, Freud le pregunta ¿Qué papel tiene usted en esta historia?. Esta pregunta buscaba la respuesta en el interior del sujeto. Lo que Freud le proponía a Dora era explorar como pesaba ella en el padecimiento que tenía, no le prometía ni la redención, ni la salvación.

La fe en el absoluto ha sido, a juicio de muchos, una de las grandes conquistas de la humanidad aunque también es la cuna de buena parte de sus problemas. Ha provisto a la humanidad de un orden, aunque con frecuencia, por obtener ese orden se ha pagado el precio de perder la libertad, el libre albedrío, la singularidad, la creatividad; en fin un orden que prohíbe o sanciona todo lo que transgrede o subvierte lo instituido. Todo orden presupone prohibición, pero el orden que aspira a lo absoluto tiene que descartar de su seno toda ontología negativa, en tanto constituye para él una amenaza. Para mantener *lo absoluto* hay que desechar *lo absurdo*, como cuestionador de ese orden absoluto. Sin embargo causa horror perder el anclaje en lo absoluto.

Esta cuestión está presente en nuestra práctica ya que al atender un paciente tenemos que saber que librarlo de su síntoma a través de la abreacción de una situación traumática, o darle el amor que le faltó son dos elementos casi invariablemente presentes en la cura que conjetura el imaginario social. Estas “curas” tienen como presupuesto alguna variante del mito del Edén; el paciente ha cometido algún *pecado – original* -, algún trauma ha recibido, o ha padecido una carencia en el amor y entonces el psicoanálisis, moderna versión de un camino religioso, señalará el camino de la redención; se viene en la consulta, muchas veces, a reclamar ese Eden, se suele suponer que se lo resarcirá, y de ser exitoso el tratamiento será reintegrado a él. Sin embargo, a mi juicio, el psicoanálisis, devuelve – o debiera devolver - a los hombres sus monstruos, su subjetividad.

Esto no siempre se ha concebido así, tenemos que conceder, que el psicoanálisis, sobre todo en sus momentos de mayor esplendor, sacrificó muchas veces su práctica cuestionadora, puso en cambio en su proa la consecución de fines hedonistas, adaptativos, lo que daba como consecuencia, que el conflicto fuese visto por muchos psicoanalistas como parte del masoquismo humano que había que extirpar.

El psicoanálisis no tiene entre sus propósitos lograr *doctos*, sino seres que descubran con perplejidad su singularidad, su ignorancia, lo que no entienden, que se pregunten, que incluso admitan el absurdo; que despierten de la modorra, esa pequeña muerte que es la resignación y el conformismo. El psicoanálisis no escribe causas ni efectos; escribe la historia de una leyenda

que se figura como una carencia, que de inicio tiene la forma de la carencia de una historia.

El diálogo analítico mediante las condiciones que crea el encuadre, permite tomar conciencia de las dificultades en el pensamiento a través de las alteraciones del lenguaje, de las vicisitudes de un aparato psíquico que funciona en contacto con un objeto presente-ausente, al que le imprime todas las transformaciones demandadas por su realidad psíquica.

Rodolfo Moguillansky